

7-2009

Cuatro trazos del Ángel Barcelonés: De Ionescu a la UNESCO

Carlos Canéque

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Canéque, Carlos. (2009) "Cuatro trazos del Ángel Barcelonés: De Ionescu a la UNESCO," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 23, pp. 33-37.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

■ Recuerdo que, cuando conocí a Ángel en Barcelona (y a Joan, no olvidemos nunca a su compañera de todas las batallas, esa californiana entrañable y prodigiosa), quedaban sólo algunos días para la navidad de 1980. Fue Paco Sitjá, padre de Borja, el que luego sería director del Grec, quien me presentó a Ángel una tarde invernal, con el cielo cubierto, a pocas semanas del golpe de estado de Tejero, que tendría lugar el 23 de febrero de 1981. Yo tenía entonces veinticuatro años y había escrito un guión para hacer un cortometraje. Le pregunté a Sitjá si conocía a alguien que pudiera ayudarme y él, sin apenas dudarlo, me condujo a casa de los Berenguer, en pleno Eixample barcelonés. Allí apareció Ángel con su generoso pantalón de tirantes, su barba anarquista, su histriónica mirada a través de unas gafas de redondos lentes pequeños, su cachondeo y su depurada ironía. Desde el principio me quedé fascinado por sus comentarios desconcertantes, por su forma de hablar de cosas serias sin dejar nunca el humor, por su extraña combinación de andalucismo y surrealismo, por su inteligencia, por su gracia y por su fuerza lúdica y creadora.

Ángel aceptó mi propuesta de dirigir el proyecto y comenzamos a pensar en el corto esa misma tarde. Con unas cuantas llamadas telefónicas, consiguió animar a unos amigos que harían de actores. Uno de ellos es el poeta, traductor, dramaturgo y actor Feliu Formosa; otro Jacinto Soriano, profesor de literatura en París. Aquello iba cobrando vida. El cámara, las localizaciones, todo lo resolvía Ángel con seductoros y contundentes llamadas telefónicas. Nadie cobró un duro. Con unos ahorrillos que yo tenía en el banco, se pagaron, únicamente, los gastos de laboratorio. El guión fue mejorado con las innumerables ideas que aportó Ángel. Él tiene una potentísima forma de seducir, y posee una innegable sabiduría para llevar al huerto a cualquiera. Creo que, en toda mi vida, no he conocido a nadie que sepa romper el hielo como él. Es un experto en crear un clima distendido con cualquiera que se le ponga delante. Si a Ángel lo sentáramos en una cena en la que estuvieran, por ejemplo, Barack Obama, un reverendo protestante, Frank Sinatra y un banquero de Texas, puedo asegurar que no se quedaría callado... Como el que no quiere la cosa, con una naturalidad que a los comensales parecería sorprendente, jugando con estratégicos sarcasmos e ironías, desconcertando, hipnotizando, tirando pelotas arriba, abajo, a derecha e izquierda, ya entrado el segundo plato, de repente, se haría con la situación, sacaría una paloma blanca debajo de la mesa y se inventaría algo sobre el Espíritu Santo que hasta el reverendo se atragantaría de la risa. No estoy exagerando. Yo le he visto lidiar con toros bravos como mi padre (que era un Victorino que a veces daba miedo), políticos como Alfonso Guerra o Jack Lang, autores como su Fernando Arrabal o Eugène Ionesco,

y siempre me sorprende de su capacidad de adaptación al interlocutor, de su brillante despliegue escénico, su eficacia, su simpatía.

A veces, en una discusión de sobremesa, a Ángel le gusta elevar la temperatura y finge encolerizarse. Enrojece, muestra su cara más brutal, lanza improperios y grita. Sus amigos, que hemos aprendido tantas cosas de él, sabemos que en cualquier momento va a decir algo que va a relativizar todo, que va a desaparecer la simulada tensión, que sólo hay juego, ironía y, a veces, cuando está inspirado, inmenso, hasta poesía. Cuando utiliza este tipo de máscaras, casi de heterónimos, Ángel nunca pierde autenticidad. Él siempre ha sido profundamente amigo de sus amigos, casi hermano de algunos, como Jesús de Haro, y grandioso compañero de Joan, su complemento perfecto, su infraestructura logística, su bendición caída del cielo, la que agiliza y posibilita todas las cosas buenas del mundo. “Aquí mi señora, maestra nacional también”, me dijo un día, como presentándomela.

Rodamos lo que se titularía *Monoteísmos* en tres días. El argumento es más o menos éste: un matrimonio sentado frente a dos televisores (normalmente hay uno, pero Ángel quiso que hubieran dos) espera las noticias. El presentador del telediario se niega a darlas. El matrimonio se angustia, se desespera, protesta y comienza a hablar con el presentador, que reacciona mal y acaba insultándoles. El rodaje fue una fiesta desde el principio. El director artístico del corto es el pintor Jesús de Haro. Por aquellos días, ellos habían participado en el montaje de *Inquisición*, la obra de Fernando Arrabal que se estrenó en la sala Villarroel de Barcelona (donde también hubo una exposición de Jesús, que a su vez se encargó de la escenografía de la obra) y que luego dirigiría Ángel en Nueva York. Recuerdo que, justo cuando estábamos montando la película, se produjo el golpe de estado de Tejero, lo que nos permitió incluir, a modo de final, apareciendo en los dos televisores que observan la pareja protagonista, las esperpénticas imágenes del parlamento español, la famosa banda sonora de “al suelo todo el mundo” y el estruendo de las metralletas. A pesar de sus deficiencias técnicas, el corto ganó un premio en los primeros san Jordi de Barcelona.

Con el tiempo fui conociendo mejor a Ángel. Ir a su casa en la calle Consejo de ciento garantizaba sorpresas, risas e imaginación a raudales. Un día me enseñaba un colchón de agua; otro, unas cacerolas colgadas, a modo de instalación, en una pared de la cocina. El cable del teléfono (entonces todavía no existían los móviles) era tan largo que permitía a Ángel y a Joan hablar por toda la casa, llevando el auricular a cualquier rincón. En la calle Consejo de ciento conocí a personas muy interesantes como Fernando Arrabal, Feliu Formosa, Joan de Sagarra, Jesús de Haro, Julio Frisón y muchos otros amigos de los Berenguer, casi siempre relacionados con el arte, el teatro, la literatura o el periodismo.

Por aquel entonces, mi cuñado Raúl Morodo era rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Esta universidad, situada sobre todo en Santander, había abierto una sede en Sitges. Los cursos que ofrecía la UIMP duraban una o dos semanas y, más que clases, se organizaban conferencias invitando a españoles y extranjeros de todos los campos académicos y culturales. Siempre se realizaban durante el verano, y el tono que había querido el rector debía ser distendido, lejos de las clases magistrales y los apuntes. Un día, hablando con Ángel, le sugerí que tal vez él podría dirigir un curso sobre teatro, y que podríamos ir a hablar con Raúl Morodo, el rector, para presentarle un esquema. Tardó unos segundos en contestarme. Sus ojos brillaron detrás de sus lentes redondos.

-Carlico -me dijo en un bar cerca de su casa-, si hay dinero para pagar algunos viajes desde ciudades en el extranjero, podríamos hacer un curso cojonudo.

Esa misma noche, Ángel ya había pergeñado una lista de posibles invitados. Los nombres eran impresionantes. Raúl Morodo nos recibió en Madrid, se entusiasmó con el proyecto y nos dio luz verde. Yo sería el secretario del curso. A pesar de su empeño, Ángel no logró que todas las personas de aquella lista inicial terminaran asistiendo a la nueva sede de la UIMP en Sitges. No pudieron asistir, por razones personales o de salud, Harold Pinter y Orson Wells, pero, con algunas llamadas telefónicas que yo presencié, hablando en español, inglés y francés, Ángel consiguió la proeza de traer a Sitges, en pleno verano de 1981, a Eugène Ionesco, Fernando Arrabal, Jack Lang (ministro francés de cultura en activo que, aunque no vino a nuestro curso, habló de teatro), Albert Boadella, Eduard Bond, Franz Xaver Kroetz, Peter Zadek y Alfonso Guerra (que empezó en el teatro y, según dijo él mismo, “de alguna forma, sigo en el teatro de la política”).

Por su importancia, algunos participantes crearon problemas de protocolo a la UIMP. ¿Quién debía ir a buscar al aeropuerto del Prat a Jack Lang, un ministro de cultura francés en activo? ¿El consejero de cultura de la Generalitat? ¿El ministro homólogo del estado español? ¿Jordi Pujol? Ángel propuso un recibimiento informal, y así se hizo con feliz resultado. Otro problema se produjo en la cena de inauguración. Ionesco, un rumano afincado en París que odiaba el comunismo, se enteró de que Santiago Carrillo iba a cenar con él y puso mala cara. Como el jardín donde se ofició el rito de la cena era grande y había muchos invitados, Ángel consiguió separarlos de forma que casi no se vieron.

Recuerdo que la conferencia de Ionesco resultó sorprendente por su pesimismo y por su tristeza. Ángel y yo pensábamos que, el autor de textos tan irónicos como *La cantante calva* o *El rinoceronte*, iba a ser también sarcástico a la hora de hablar. No fue así. Ionesco se dedicó a describir, en un tono muy apagado, los desastres del mundo,

el hambre de millones de personas, las guerras en aquel momento existentes. Casi parecía un sacerdote. Ahora, después de haber publicado con mi esposa, Maite Grau, un libro sobre Emil Cioran (*Cioran: el pesimista seductor*, Sirpus: 2007), otro autor rumano, íntimo amigo de Ionesco, puedo entender mejor aquella charla tan pesimista. En uno de sus diarios, Cioran describe a Ionesco como un alcohólico depresivo, incluso como un posible suicida. Tal vez para animarle un poco, pensamos que estaría bien organizar, como un homenaje a Ionesco, una fiesta del absurdo en una discoteca sitgetana llamada Atlántida.

La idea era que, durante esa noche, los asistentes acudieran vestidos con trajes incoherentes y absurdos, y que se comportaran de la forma más absurda posible, para crear una especie de juego o interacción disparatada. En verano, la Atlántida es una discoteca muy agradable; al aire libre y con una pequeña playita que da al mar. Ángel y yo fuimos a hablar con el propietario del establecimiento, un hombre bajito, calvo, que nos recibió con una camisa floreada de colores muy vivos. Durante un rato, tratamos de explicarle la importancia internacional de Ionesco y del teatro del absurdo. Él quería entender bien el concepto para publicitar la fiesta en carteles que pegaría en algunas paredes de Sitges. Pero no había forma. Al poco tiempo preguntó si el autor del que hablábamos con tanto entusiasmo era un “payaso refinado”.

-No, no -dijo Ángel en una de las clases de teatro más difíciles de su dilatada carrera docente-, Ionesco no es un payaso, es un gran escritor. Cuando por fin parecía haber entendido todo, el propietario de la discoteca nos dijo, sorprendiéndonos mucho: “Lo que no entiendo es por qué queréis organizar una fiesta del absurdo en homenaje a la Unesco”. Nosotros no pudimos evitar una carcajada. Imposible imaginar un malentendido tan absurdo.

Algunos años después me encontré con Ángel en Nueva York. Estaba dirigiendo los ensayos del montaje de *Inquisición* de Arrabal. Era un montaje muy especial, en “off Broadway”, porque los mismos actores representaban la misma obra en inglés, los días pares, y en español, los impares. Durante dos días que me escapé de la universidad de Yale, donde yo estaba comenzando mi tesis doctoral sobre el fundamentalismo norteamericano, vi a Ángel dirigiendo a los actores, unas veces en español y otras en inglés. Como decía antes, los mismos actores tenían que interpretar la misma obra, *Inquisición* de Arrabal, en dos idiomas. Eso hacía muy difícil conseguir lo que Ángel buscaba: frescura y naturalidad en las dos lenguas. En inglés y en español, las frases, los enfados, los refranes y hasta las risas, suenan muy distinto. Recuerdo que a veces Ángel decía algo como “no te enfades tanto cuando lo hagas en inglés, el inglés es un idioma que impone contención y cinismo”, o, “ríete con risa de loca, como se ríen las cubanas cuando las deja el novio” o “baja un poco el tono en español,

imagínate a un obispo deprimido”. Los actores se reían, pero entraban al trapo en el juego que Ángel les proponía. A veces explicaba la situación. Otras imponía una pausa para hablar con un actor en privado. Nunca se enojó con nadie, pero su autoridad era respetada y acatada hasta por los iluminadores (hubo un problema con la iluminación de un paracaídas que bajaba del techo llevando textos de canciones). Una tarde apareció en el ensayo Fernando Arrabal, con el que estuve hablando durante varias horas sobre el cuento de Borges *Funes el memorioso*. Recuerdo que, irónicamente, Arrabal se sabía ese cuento casi de memoria.

Desde hace ya muchos años, Ángel y Joan viven en Madrid. El nacionalismo imperante en las universidades de Barcelona dificultó los programas que ellos tenían con la Universidad de Tufts, en los que, estudiantes norteamericanos venían a España para seguir cursos de literatura española, y se encontraban, cuando ampliaban sus programas en las universidades condales, con todos los profesores hablando en catalán.

Sin que él se haya dado cuenta, Ángel ha sido una persona muy influyente en mi aproximación a la literatura. Yo nunca había conocido, a mis veinticuatro años, a alguien tan sugerente como él en el terreno cultural. Estoy seguro de que me hizo ver el teatro, y la cultura en general, con una mirada más inteligente, lúcida y creativa. Buen provecho he sacado en mis novelas de sus enseñanzas, de sus ingeniosas paridas. Su traslado a Madrid fue una pérdida enorme para la ciudad de Barcelona y para todos los amigos que le echamos de menos. ¡Maestro, un abrazo agradecido!